

A 75 años de su muerte

Washington Lockhart

Vigencia de Rodó

Lamentable destino, descalificación, relegamiento y hasta condena, fue lo padecido por las personalidades más notables que tuvo en toda época el país, desde Artigas con su "leyenda negra", ya en este siglo Rodó, a quien no pocos autoerigidos en mentores intelectuales lo consideran un ex-profeta, sin vigencia actual, y más recientemente Carlos Quijano, sufriendo el cierre de su semanario y después prisión y exilio, muriendo los tres fuera del país, y en los tres, como en tantos otros no tan notorios, desconocida su intención fundamental.



Reyes, despojados de preconceptos, supieron reconocer en Rodó una "realidad espiritual (...) comunicada como una descarga de viento, como un alma".** Y como Gabriel Miró, quien supo reconocer que el estilo de Rodó estaba "todo cuajado de lumbre como una enorme ascua". Y Francisco Giner, quien decía, asombrado: "Su libro es para mí uno de los pocos momentos de luz y de intensidad de nuestra raza". Y Barret, quien exaltando a Rodó como a un libertador, agregaba que con su obra "el alma del Uruguay se ha dignificado y ha crecido". José Gaos lo juzgaba también como un gran prosista, a la par de Martí y Montalvo. Y Roberto Ibáñez lo ratifica plenamente: "Rodó jamás se entrega al ejercicio fascinado por los primores de la escritura". Su "gesta de la forma", su renaniano "decir las cosas bien", no da prelación al artificio por sobre el pensador; "inmensa injusticia -agrega- sería si así se creyera". Lo admirable es en él ese equilibrio increíble entre forma y pensamiento, sin los desbordes retóricos que entonces se estilaban. Su fe indeclinable lo obliga a recurrir a frases que lo corroboren, sin propósito alguno de persuasión efectista. Si a Rodó le importa el "cómo", es por la importancia del "qué", obedeciendo palabras y giros a requerimientos superiores, abarcando la realidad integral, sin "los fraccionamientos y disociaciones con que se extravían -como decía Pavlov- los intelectuales atentos a la expresión abstracta". Ideas e ideales no son para Rodó sino jalones y apoyos al servicio de sentimientos primordiales de un orden universal, del cual somos integrantes implícitos. Ética de amor, la suya, de comunidad esencial, expresión de esa unidad trascendente de la cual todos somos partícipes natos. Y no conoceremos a Rodó si no nos adentramos en su centro más vivo, y no en sus ideas adventicias. Nuestro deber es dejar actuar -como él mismo nos lo señala- "la sugestión ante esa intuición eminente en donde pensamiento y realidad se confunden y se encarnan". Su estilo es así un proceso interno y no una elaboración externa. Verdad y belleza coexisten. Y la actitud más digna del lector, si llega a infundirse en él esa pasión, ha de ser una atención reverencial. El lector bisoño, mal acostumbrado, se queda al leer solo consigo mismo, sin constanciarse con quien le habla corazón en mano; está lejos así del lector que reclamaba Cervantes, el que "entra-sale", es decir el que se interna en lo escrito, para de allí emerger con el debido fruto. El comúnmente ensimismado lector no reconoce en cambio en lo que lee las para él lejanías inhabitables; sólo atiende donde él puede posar el pie, es decir terrenos conocidos para andar como entrecasa, donde todos hacen como que se entienden haciéndose fiestas sin ninguna predisposición de encarar desarrollos que prefieren cortos y con lindezas endulzadas. Tal el lector "confianzado", quien, como si dijera "aquí estoy", ejercita un prurito de destape en donde al final cada uno es nada más que cada uno, capaz de que el otro le diga "mirá qué bueno", como suele acontecer con la mayoría de nuestras relaciones ocasionales, con una presunta "buena educación", con modales atractivos, adulterando nuestra verdadera presencia. En los escritos de Rodó en realidad no hay nadie; solamente lo absoluto; es la presencia de la ausencia. Y es que la intuición misma es la voz del silencio, infundiéndonos una conciencia inefable de la plenitud. Rodó no es un contertulio cómplice de modales consabidos y de una complacencia enemiga del amor auténtico. Los entradores y los baqueanos quedan afuera, desde donde gustan despostrar contra quienes no colaboran con sus rutinarios intercambios y sus archisabidos artilugios. Rodó nos escribe en cambio desde su fascinación. Sólo podrán leerlo quienes experimenten sentimientos análogos. El tono de lo escrito no es así la voz del escritor, sino su decisión de callarse para decir solamente lo que sólo puede decirse callando. Es así la magnificación de un silencio enaltecido por la implicancia de lo universal. Escribir como escribía Rodó es por lo tanto en realidad una actitud segunda, pues como escritor no quiere ser exclusivamente un escritor. Su escritura es una anticipación, una respuesta a lo que no podemos saber cómo preguntarnos, a lo que es para él -para todos- una experiencia fascinantemente presente. Aunque padeció Rodó la existencia como una insuficiencia interminable, mantuvo indemne su fe fundamental. Los momentos normales son, "en mí como en todos, de duda y de desesperación", dijo en sus escritos póstumos. Pero agregó: "Lo que ofrezco son los momentos excepcionales". "El único ideal realizable en la vida es el de aspirar a embellecer, ennoblecer y poetizar este gran desengaño que es el fondo inevitable de toda existencia." "Se existe en la tristeza, pero somos en la alegría." Tal la congénita duplicidad de la existencia.

* Caja 2-C-13 de INIAL, manuscritos inéditos de Rodó.
** Alfonso Reyes; "El Cazador", Madrid, 1917, p. 78.

Tal actualmente el caso de Rodó. La versión predominante, alentada por algunos críticos de sensibilidad tan defectuosa como atrabiliaria, le adjudica poco más que ideas e ideales en temas de relativo alcance. Así Rodó aparece casi exclusivamente como el autor de Ariel, tema cómodamente delimitado. Se ignora de ese modo su inquietud radical de indudable naturaleza trascendente, su profundo sentimiento de la naturaleza universal del hombre, es decir su honda religiosidad en el sentido cabal de la palabra, no como creencia establecida, sino como una ineludible necesidad vital. Su exhortación de "reformarse", su férvida invocación proteica, es así manifestación de ese sentimiento básico, impulsando la revelación más auténtica de nuestra personalidad. En la obra que le dedicáramos hace algunos años, intentamos decirlo desde el título: Rodó y su prédica. Sentimientos fundamentales. Quisimos destacar así ese sentimiento que lo inducía a propiciar en nosotros "la sugestión divina de la Naturaleza", esa "participación en el gran Todo" a que aludiera Lavelle, aspiración irrenunciable que "todo en el plan de la Naturaleza parece anunciar".

Es la suya una ética de comunidad esencial, nacida de ese sentimiento de la dignidad patricia de una vida íntima e intensamente presente. De ahí el consiguiente imperativo de "reformarnos" hasta ponernos en condiciones de incorporarnos a un orden universal dentro del cual podamos llegar a ser expresamente lo que implícitamente somos. Y podremos reconocer entonces la positividad de las relaciones entre los hombres, la patria grande y la realidad total como primordial exigencia, culminando en esa unidad trascendente de la cual todos somos partícipes innatos.

Conocer a Rodó requiere por tanto participar en su centro más vivo y no en sus ideas adventicias, ideas de las cuales sólo corresponde dar cuenta por lo que él fue, reconociendo en sus escritos el trasunto integral de un alma que es hermana señora de la nuestra. Rodó mismo definió su obra como "un alma que teje con su propia sustancia su capullo". Y en esa actitud es asombrosamente actual. Es notable, en efecto, su coincidencia con las más esclarecidas tendencias hoy vigentes en la bien denominada Nueva Ciencia, o Neo Gnosis, según la cual, reconocido el componente psíquico de lo que muchos descalifican todavía como materia muerta, el hombre es reconocido como parte de una organización universal material y espiritual omnicompreensiva. Y Rodó coincide con tales concepciones al distinguir en su real dimensión dos virtualidades claramente discriminadas, Razón e Intuición: la Razón, aplicable a problemas muy particulares, y la Intuición, como vislumbre de nuestra situación total incondicionada, desde que, como Rodó lo advirtiera, "la naturaleza obra en el alma sin injerencia de la reflexión".

Rodó no quiso así, de ningún modo, escribir una obra de tesis, un tratado a nivel de entendidos, sino una prédica a nivel de exiliados, como en gran parte lo somos todos. Predicó así "la realización conjunta", "lejos de esa felicidad de hombres egoístas idiotizados por el goce y el progreso".* Este "puñado de polvo" que somos lleva dentro de sí la potencia original, esa "voluntad primordial que alienta en todos, pero a veces adormecida y otras desatada, cuando se desconecta de nuestra espiritualidad". Así escribía en privado, cuando estaba materialmente solo, pero cuando podía expresar más libremente, "desde el fondo de su ser", "la sugestión

divina de la Naturaleza". Imposible salir de nuestra acostumbrada enajenación -señalaba Rodó- si no logramos un reconocimiento acendrado de la solidaridad fundamental. Todo ideal humano -dirá en consecuencia- "culmina en cumbre de religiosidad", al entrar el alma "en amorosa instancia con el misterio que la rodea". De ahí su afirmación de que "la legitimidad de las religiones es evidente". Pero su religiosidad no implica por cierto un apego servil a algún dogma, "imagen engañosa de la fe", previniéndonos igualmente contra la adhesión extremada a meras ideas que nos alejen de nuestros móviles auténticos y de nuestras más sugestivas intuiciones de liberación. No es que Rodó menospreciara la ocasional intervención de la razón, la que por sí sola "nunca produce más que convicciones inertes". Llegando entonces a constituirse "en cárcel". Si las ideas importan, es por el movimiento en que se manifiestan. No se trata así de Saber, sino de Ser, liberando las más altas esperanzas. Y el Ser no puede reducirse nunca a una manifestación limitada del pensamiento. La razón puede llegar a ser por cierto un útil auxiliar para coordinar y esclarecer algunas realidades más o menos confusas, y como señalara juiciosamente Felisberto Hernández, hacemos así algunos "mandaditos"...

La actitud de Rodó constituye en resumen un adelanto sorprendente de esa avanzada intelectual hoy llamada Neo Gnosis, más allá de empresas racionales pretenciosas hoy perimidas, con sus explicaciones pormenorizadas de alguna ilusoria totalidad de confección. Se reconoce hoy lo que sintió Rodó, la existencia en nosotros de una conciencia casi siempre sumergida, de una intuición de nuestra radical solidaridad con el universo, del cual somos parte inseparable, aunque no conceptualizable. Usando expresiones de Unamuno, Rodó era así un escritor "vivíparo", y no "ovíparo", pues creaba vida y no esquemas o proyectos específicos de vida. Y si un libro es valioso -agregaba Unamuno- es por su intensidad en el sentimiento y en la imagen, y no principalmente por lo que argumenta. "Su tema es la conquista de uno mismo." Y esa fue su "predica", y esos sus "sentimientos". Y de ahí nuestra deuda con Rodó, y el reconocimiento con que debemos releerlo, hoy y siempre.

¿Cómo debía Rodó expresarse entonces?

Todo lo que escribía no podía dejar de ser un fiel trasunto de su alma, y para ello debía adoptar un ritmo amplio y sereno, sin apelar a efectos menores y vulgares de seducción barata y de persuasión expeditiva. Sus planteos, de tan vasto alcance, lo comprometían a una intensidad indeclinable. Requiere así del lector una atención global, abarcando una totalidad que no admite parcializaciones. Leerlo exige por tanto una entrega de alma a alma, pues no predica soluciones, sino predisposiciones. E imperdonable error es el de aplicarle prejuicios sobre lo que es mejor como estilo y de cómo se debe escribir, utilizando recursos agradables en primerísima instancia, ajenos a la tensión sostenida que está obligado Rodó a intensificar. Todo lector de alma estrecha encuentra insoportable, claro está, la para él excesiva amplitud de los períodos, una seriedad indeclinable que se considera un énfasis demasiado mayestático y lento. Es para tales lectores un mero afán retórico, con paralelismos superfluos y una elocuencia improcedente.

Lectores de más depurada sensibilidad, como Alfonso